

tú eres la madre incomparable, la protección de los justos y el refugio de los pecadores; tú eres mi contento y mi alegría, mi fortaleza, mi valor, mi esperanza, mi dulzura, mi todo; tú eres el blanco de mis deseos, el deseo de mi alma, el alma de mis designios, el designio de mi vida, la vida de mi espíritu, el espíritu de mis afectos.

Yo soy. VIII. Si mi corazón llega á articular estas dos palabras: Yo soy; sea como si dijese: Yo soy, oh madre admirable, tu siervo humildísimo y obligadísimo, aunque indigno, y el hijo de tu pobre sierva; yo soy el menor de los tuyos y el último de los que tienen la confianza de llamarte madre y acordarse de tí; yo estoy enteramente á tu disposición y resuelto á seguir todos los impulsos de tu voluntad; haz conmigo lo que te parezca, y dispon de mi vida y de todo lo que me toca, como de cosa totalmente tuya.

IX. Baste esto para abrir el camino á quien balle gusto en este ejercicio, porque en cuanto empiece á ensayarle, el amor ingenioso le sugerirá otros muchos pensamientos y otras invenciones que las mías. Solamente añadiré que para no olvidar esta santa práctica conviene de cuando en cuando renovar el pacto y reiterar las mismas protestas, y luego usar á menudo de esas breves expresiones á todas las horas del día y en cualesquier actos de la vida, en fin lo mas frecuentemente que sea posible para sazonar con estas dulces aspiraciones todas las obras del día.

X. Desde luego los teólogos examinarán el mérito de estas mociones interiores con la severidad de sus razones: por mi parte siempre estaré pronto á someter mi juicio al suyo; no obstante sé que en el cielo hay gran-

des dulcedumbres y suma caridad para aquellos que tienen el corazón recto y puro. De estos arcanos que no son enteramente de la competencia de las escuelas, solo la experiencia puede hablar y juzgar dignamente. Mas basta que estas mociones agraden á nuestra amorosa madre, para que los que las sienten, vean de todo punto cumplidos sus deseos.

CAPITULO V.

DEL ZELO DE LAS ALMAS; CUARTO RECONOCIMIENTO QUE SE DEBE A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

El zelo es la espada del amor, el cual vuelve la punta de ella contra lo que turba la pacífica posesion de la cosa amada ó contraria el contento del amigo. Por eso cuanto mas ardiente es el amor, dice santo Tomás (1) despues de S. Dionisio (2), mas se enardece para repeler cuanto se opone á su goce ó al bien de la persona amada. Esta es la razon por que yo le doy lugar inmediatamente despues del amor. Si alguno desea saber qué relacion tiene el zelo con el reconocimiento que se debe á las grandezas de la Virgen, voy á satisfacerle.

§. I. — Que el zelo de las almas es un reconocimiento muy grato á la madre de Dios.

1.º A causa del amor que tiene á Dios y á las almas: 2.º á causa del interés que se toma por ellas.

1.º Cuando se prende fuego en la casa de un amigo nuestro y va propagándose de aposento en aposento y

(1) 1.º secund. q. 28, art. 4. del (2). De div. nom., cap. 4.

comunicándose de un piso á otro con ruina y destruccion de todo cuanto encuentra, es indudable que el servicio mas grato que podemos hacer á aquel, es emplear toda nuestra industria en salvar lo que nos consta que tiene en mayor estimacion y cuya pérdida por consiguiente le seria mas sensible. El fuego del pecado ha prendido en la casa de Dios, que es tambien la de la Virgen, y el incendio va cundiendo de dia en dia y haciendo nuevos estragos; ¿y creemos nosotros que nos es lícito estar con los brazos cruzados preguntando lo que hay que hacer? ¿No es casi estolidez cuando la cosa habla por sí y cuando vemos á los demas ir á buscar agua y procurar atajar el fuego por todos los medios posibles? ¿No es una indiscrecion preguntar á la señora de la casa si le agrada que acudamos en su auxilio? En primer lugar para hacer semejante pregunta es preciso dudar antes que María ama á Dios, cuyas son las almas que corren peligro de perecer. Y si no podemos dudar de esto sin impiedad, ¿por qué hemos de dudar que se complazca en vernos acudir en socorro de ellas y procurar conservar todas las que podamos? Viendo Afrates que el emperador Valente tenia la tea en la mano para incendiar la casa de Dios, abrasado de un fuego mas voraz abandonó su amada soledad y marchó apresuradamente á Antioquía para socorrer hasta el último aliento á los que corrian riesgo de perecer, y morir en medio de las llamas, si era necesario (1). Santa Catalina de Sena estaba dispuesta á tapar con su cuerpo la boca del infierno para impedir que bajasen á él las almas. S. Pablo se ofrecia á ser anatema por sus hermanos, siempre que esto aprovechase á los de su nacion. Estos santos con una centella de caridad que habia prendido en su corazon, hubieran dado

(1) Theodoret., Hist. eccles., lib. 4, cap. 24. (1)

sus cuerpos y sus almas por impedir las ofensas de Dios y la perdicion de un solo hombre; ¿y nos figuraremos nosotros que la desolacion del reino de Dios sea una cosa indiferente á la Virgen ó que la tema ella débilmente, cuando su corazon es un incendio de amor capaz de abrasar al mundo entero?

II. Mucho es lo que acabo de decir; pero todavía hay mas, porque aunque no fuera otra cosa, su propio interés la obligaria á gritar pidiendo agua y á emplear todos los operarios que pudiese á fin de atajar el fuego. Estaria obligada como reina y como señora, que perderia todos los súbditos que pudiesen en el incendio. Estaria obligada como esposa, que debe tomar parte en todas las satisfacciones y disgustos de su esposo. Estaria obligada como madre, cuyas entrañas se parten de dolor siempre que ve la ruina de alguno de los suyos. Digo como madre, porque deyo demostrado suficientemente en otro lugar que todos los hijos de salvacion fueron concebidos en su seno, llevados en su vientre, criados con su leche y educados por su industriosa caridad. Digase ahora si tal madre puede ver sin dolor la perdicion de sus queridos hijos ó dejar de salvar á los que corren desalados hácia el precipicio.

2.º A causa del amor que tiene á su hijo.

III. Pero ¿qué diré del amor incomprensible que tiene á su hijo, y de la estimacion que hace de la preciosa sangre derramada por él para salvar á las almas? ¡Oh qué herida recibiria siempre que se pierde esa sangre por culpa de los hombres, si pudiera ahora penetrar la tristeza en su corazon! Al contrario ¿de cuánto gozo le sirve ver que cae en buena tierra y produce los frutos apetecidos! ¿Con qué ojos mirará á los que recogen hasta la última gota de ella y procuran sea aprovechada; ¿Qué

aliento les infundirá para que no se cansen jamás de este ejercicio! ¡Qué gracias les impetrará para que lleven dignamente al cabo tan santa resolución! ¡Con qué afecto bendecirá sus designios y protegerá sus empresas! Dejo aparte otras innumerables consideraciones, que la hacen amar de los que trabajan en el zelo de las almas por llegar pronto á la práctica.

§. II. — Diversos caracteres del zelo de las almas.

Sentimiento por la perdición de las almas.

I. El primer carácter es un sentimiento cordial de la perdición de las almas y un deseo ardiente de impedir á toda costa la desgracia eterna de ellas. Jesucristo comparaba este deseo al hambre y á la sed, que hacen despreciar las coronas y acometer cosas singulares á los que son atormentados de ellas. El real profeta decia (1) que este deseo era un fuego que le devoraba y le hacia caer en un deliquio de todas sus potencias. Ese deseo causaba en S. Pablo unos sentimientos semejantes á los de una madre que se aflige cuando está enfermo su hijo, se abate viéndole desfallecer, se consume á medida que él empeora, y no quiere la vida si llega él á morir. Ese deseo hacia que S. Juan Crisóstomo hablase así á sus hijos espirituales en una homilia sobre los Hechos de los apóstoles: Creedme que para mí no hay nada en el mundo preferible á vuestro bien. No me es tan preciada la luz, y mil veces perderia el gozarla por ganar una sola alma vuestra; porque ¿qué gusto puedo recibir de la claridad del sol material, si mis ojos se ofuscan con la tristeza que siento por vuestra perdición? Dadme por

(1) Salm. LXXVIII.

favor el contentamiento de que os salveis todos y yo solo pague y responda por todos. Poco importa que sea á mi costa, con tal que os vea á todos en libertad. ¡Oh qué dignos son estos sentimientos de una alma hermosa! ¡Oh con qué gusto los ve nuestra amante madre en una alma! ¡Oh qué bien empleadas juzga las gracias que se reconocen de este modo! ¡Oh qué nuevas gracias prepara á los que ve así dispuestos!

Oraciones por las almas.

II. El segundo carácter consiste en orar frecuente y fervorosamente por las almas. Así lo hacian aquellos dos grandes zeladores del bien público en Judea, que fueron mostrados en vision al valiente Judas Macabeo (1): hablo del sumo sacerdote Onias y del profeta Jeremias. Al primero le vió con las manos levantadas al cielo implorando la misericordia de Dios, y al segundo con el rostro encendido y vertiendo arroyos de lágrimas; y como no le conociese, oyó esta respuesta de Onias: Ese que ves, es el profeta Jeremias, que arrebatado de un amor increíble á sus hermanos ora continuamente por el pueblo y por todos los moradores de la ciudad santa. Así lo hacia Moisés, el cual ataba las manos á Dios por decirlo así con sus fervientes y continuas oraciones (2). Por eso queriendo David esforzar el efecto de ellas dice que Dios hubiera destruido á los hebreos, si Moisés su escogido no se hubiese puesto en su presencia (3). Así lo hacia S. Pablo, que tenia siempre los ojos humedecidos de lágrimas, y como dice él mismo (4), no cesó en tres años de llorar y encomendar á Dios la nueva

(1) II. Machab., XV.
(2) Exod., XXXII.

(3) Salm. CV.
(4) Act., XX.

iglesia que habia plantado. Pero en tal caso los hijos de la reina de los cielos recurren particularmente á su buena madre para implorar su ayuda y favor acordándose de que tiene todo poder con su hijo y las llaves de sus tesoros, y que le toca á ella como á gobernadora de la iglesia y capitana de los ejércitos de Dios dar feliz cima á sus empresas. Así he hecho ver mas arriba que los valientes conquistadores que peleaban bajo de su blanco estandarte, nunca hubieran adelantado un paso á no haberla llamado en su auxilio; lo cual hacian con una confianza igual á la franqueza con que despues le cedian toda la gloria de sus conquistas, segun diré mas adelante.

III. El tercer carácter es poner manos á la obra de todas veras y no perdonar trabajo ni fatiga cuando se trata de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas; porque si el fuego llega á penetrar en el corazon, por necesidad ha de manifestarse y salir por los ojos, por la boca, por las manos y por los pies. Esto es lo que pedia S. Pablo á su discípulo Timoteo cuando decia: Predica la palabra de Dios; insta á tiempo y fuera de tiempo; reprende y ruega; amonesta con toda paciencia y doctrina (1). Así lo hacia él mismo de un modo admirable. «Ved á ese hombre sin par, dice el Crisóstomo, que hace el judío con los judíos, el gentil con los gentiles, el enfermo con los enfermos para llevarlos todos al cielo. Reparad qué cuidado tiene de toda clase de personas como si fueran sus propios hijos. Mirad cómo va y viene, cómo se apresura y pone toda diligencia para ganar almas á Jesucristo. Enseña, promete la vida eterna, ora de día y de noche, consueta y amedrenta, echa á los demonios.... ¿qué sé yo lo que hace? Trabaja

(1) II. ad Timot., IV.

presente y ausente, por sí y por sus discípulos, por todos los medios imaginables. Ya se le ve levantar á los caidos, ya afirmar á los que se mantienen en pie, unas veces aliviar á los enfermos, otras animar á los flacos, resistirse á los contumaces, en fin hacer él sólo muchas personas diferentes. Me parece que no puedo expresar mejor lo que fué S. Pablo, que diciendo que fué la caridad misma y que se transformó enteramente en amor á la manera que un pedazo de hierro echado en la fragua parece mas bien un pedazo de fuego. Ya no me admiro de que el esposo de los Cantares haga al zelo mas fuerte que la muerte y mas insensible que el sepulcro, y diga que su fuego es una hacha encendida, la que no es posible apagar con toda el agua del mundo. Es preciso confesar que ha producido efectos maravillosos en las almas: las ha hecho despreciar los deleites de este mundo, los amigos, los parientes, la patria, el honor y hasta la vida misma: las ha hecho amar á sus enemigos como á sus mejores amigos, aborrecer los deleites como la muerte, correr tras los trabajos y tribulaciones y abrazar la cruz como su bien sumo: las ha hecho desapiadadas para consigo mismas, infatigables en las penalidades, insensibles á las injurias, impenetrables á los golpes é invencibles en los tormentos. Hubieran deseado tener mas pies para correr, mas manos para trabajar, mas lenguas para hablar, mas cuerpos para padecer, mas vidas que dar, mas entendimientos para discurrir medios de emplearse en el servicio de Dios y la salvacion de las almas, mas mundos que conquistar. Ponderé el mundo cuanto quiera á sus esclavos, y pregone por todas partes lo que han hecho y acometido para agradarle: yo diré para gloria de Dios y de su madre y honor de los fieles siervos de ambos que lo que el mundo ha hecho, no tiene comparacion con las hazañas de estos. Los siervos de Dios y de la Virgen han hecho mas que los otros han

pensado hacer: aquellos han sufrido mas trabajos que estos han discurrido: un dia de aquellos ha sido mas glorioso que toda la vida de estos: uno solo de aquellos ha tenido mas valor y firmeza que todos los otros juntos.

CAPITULO VI.

DE LA MISERICORDIA, QUINTO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

El angélico doctor, siguiendo al apóstol S. Juan, que enseña que el que tuviere riquezas de este mundo y viere á su hermano tener necesidad y le cerrare sus entrañas, no está la caridad de Dios en él (1), pone á la misericordia entre los efectos ordinarios de la caridad (2). Este es el único motivo por que le doy aquí lugar antes de las otras especies de reconocimiento que se deben á la Virgen santísima.

§. I.—Que la misericordia es un reconocimiento muy grato á la madre de Dios.

1.º Porque ella es madre de misericordia.

I. Si el sol tuviera algun conocimiento de los actos que alumbra en este mundo, y de los impulsos de nuestros corazones, no dudo que agradecería la estimación que hacemos de su luz, y quedaria así satisfecho del bien que comunica á los hombres. O mucho me equivoco, ó este es el motivo de que se vale el Espíritu Santo cuando nos exhorta á amar la misericordia, porque nuestro padre celestial es misericordioso. Esto viene á ser precisamente como si dijera que se huelga mucho de vernos honrar la misericordia de su amada hija, una

(1) I. Joan., III.

(2) Secunda secundæ, q. 30.

de las prendas mas preciosas que posee, y que se alegra del bien que nos ha hecho, cuando advierte que le imitamos haciendo bien á los demas. Con efecto dice san Gregorio Niseno que cuando Dios nos exhorta á ser misericordiosos, no intenta otra cosa mas que marcarnos con su sello y grabar en nuestra frente un carácter, porque en frase del Nazianceno el que socorre á los necesitados, es como el Dios de ellos. Esta es la primera razon que me persuade á que la misericordia es uno de los modos gratos á la madre de Dios con que podemos pagar sus piedades. El que se acuerde de que nuestra señora es madre de ella y que ese es uno de sus títulos mas preciados y honoríficos, no podrá dudar que la ama profundamente en sus hijos y que tiene suma satisfaccion de verlos sobresalir en esa virtud por amor suyo. Hasta los animales mas pequeños se deleitan en sus semejantes; pues ¿cómo el hombre, criado á imágen y semejanza de su Dios, dejará de complacerse en ser misericordioso con los otros hombres sus hermanos?

2.º Porque es madre de los hijos de Dios.

II. Mas cuando la considero como á madre de una familia dilatada donde hay infinitos menesterosos, pareceme estar convencido de que ha de agradecer sobremanera la misericordia que por su respeto se hace con ellos. La Virgen á imitación de su hijo tiene pequeños, en cuya persona quiere ser reconocida, ó mejor dicho, aquellos á quienes Jesucristo llama sus pequeños, lo son tambien de su madre santísima. De suerte que no es él solo el que nos dice: Lo que hagais con uno de mis pequeños, lo hareis conmigo; sino que María usa el mismo lenguaje, porque no es solamente madre, sino madre de misericordia, y á ella corresponde en cierto modo mas inmediatamente el cuidado